

VIENDO EN DÍAS PASADOS LAS IMÁGENES DE LA CNN, recordé que en algún lugar había tomado notas hace tiempo de aquel mismo fenómeno... sólo que mi información databa de hacía 225 años.

# ECOS EN EL TIEMPO: a propósito del huracán KATRINA



Mapa de Nueva Orleans antes de 1780.

En La Habana, en septiembre de 1780, Bernardo de Galves, quien unos años más tarde sería Capitán General de la Isla por corto tiempo pero entonces gobernador de la Luisiana, debió quedar perplejo mientras leía una comunicación fechada el 30 de agosto desde Nueva Orleans y remitida por Pedro Piernas, narrándole la consternación que se estaba viviendo allí en esos momentos por el paso de un huracán sin nombre, que seis días antes había arremetido con tanta furia sobre la ciudad y sus alrededores, que había dejado desolada toda la comarca. El asombro de Galves, entre otras cosas, era porque le aseguraban que aquel había sido incomparablemente superior al que el día 18 de agosto del año anterior lo había tenido por testigo a él allí. En esos momentos se estaban preparando en La Habana las tropas que marcharían al continente a guerrear contra los ingleses.

El huracán se abatió a lo largo de veinte leguas de costa, para continuar su destrucción tierra adentro por todo el delta del Mississippi –trece leguas al este y siete al oeste de Nueva Orleans–, desde las siete de la mañana del día 24 y durante algo más de veinticuatro horas. Los desprotegidos habitantes encomendaron su alma a Dios en su desamparo ante la furia de los elementos, que en su devastación arrancaba árboles de cuajo, levantaba las techumbres de las casas y derrumbaba edificios completos, algunos de los cuales habían resistido el año anterior pero que ahora exhibieron su impotencia.

Así quedaron regados por tierra despojos de lo que habían sido los almacenes del Rey, el cuartel de artillería, el hospital de caridad, el edificio que las Ursulinas estaban construyendo para las huérfanas, otro almacén que estaba fabricado enteramente de ladrillos, la primera iglesia de

los alemanes, el hospital real, las casas del Intendente y las escribanías del Cabildo y Real Hacienda, adicionándose que en estas últimas se inutilizó toda la documentación que allí se guardaba, y parte de la documentación de la Contaduría, cuya otra parte se pudo poner a buen recaudo en la secretaría de Gobierno.

En el malecón había unos pocos barcos amarrados, de los cuales cuatro fueron a varar tierra adentro, mientras zozobraban la falúa del Rey y una goleta, de lo que tampoco se libraron en el estero de San Juan una balandra llamada “La Belona” y otra goleta.

El oficial Francisco Manuel de las Caxigas, quien se encontraba con su guarnición en el fuerte San Juan, fue espectador de una subida del nivel de las aguas nunca antes por él vista, que entrando por las troneras de los cañones derribaba las piezas de artillería, lo que le obligó a subirse sobre un entarimado donde por momentos esperaba ser arrastrado, al tiempo que veía desfilar a golpe de viento

y por el hecho de haber arrancado una gran barra de hierro que sostenía la cruz de la iglesia parroquial.

Una semana después, la continua lluvia que siguió al paso del meteoro no había permitido aún una evaluación exacta de las pérdidas, pero los grandes desastres generalmente acarrear la dolorosa circunstancia de la pérdida de seres humanos; los derrumbes contabilizaron trece muertos, mientras se ahogaban otras seis personas en el estero de San Juan. Una cuota de muertes alta para la entonces pequeña ciudad, pagada por apellidos poco ilustres que no trascendieron, aunque cualquier cuota de muerte siempre será un alto precio.

La carta también tenía una clara intención: era un S.O.S con el fin de que Bernardo de Galves interpusiera la influencia de su cargo y prestigio militar, para que la colonia fuera socorrida con la urgencia necesaria enviándosele harina, víveres de toda especie y clavazón ya que se carecía en absoluto de todo ello. En medio de pruebas de tal



**Nueva Orleans  
bajo las aguas  
tras el paso de Katrina.**

y agua la gran puerta del fuerte, parte de la estacada y los parapetos junto con los barcos que allí habían estado amarrados y fueron a parar muy lejos en medio del bosque.

La naturaleza no repara en clases sociales y se narra que junto a los desposeídos sin nombre y sin historia de la ciudad, padecieron las familias de Duvergés, Brourrer, Villiers, Chíloque, Labranche, Reynard, Bouligni, Gayarre, Bienvenu, Beauregard, Belile, Leyba y Laronde, entre otras que formaban parte de la aristocracia citadina de la colonia; lo mismo en las haciendas y terrenos de los alrededores, la desgracia se cebó sobre las familias de Maxent, Reggin, Chabert, Panis, Reynard, Beluche, Bayu, Gentilly y otras.

El remitente de aquella carta magnificó en sus cálculos la categoría de aquel huracán, entre otras cosas basándose en que el almacén de pólvora, que era la construcción más resguardada, había sufrido deterioro por sus embates

naturaleza afloran sentimientos tan altos como bajos, así lo mismo que allí fue encomiable la actitud de comerciantes como Maxent y Axiray, que en medio de sus propias desgracias bajaron el precio de los pocos productos de sus establecimientos, solidarizándose así con sus semejantes, fue reprobable la asumida por Livandais, cuyo negocio era de alimentos e hizo todo lo contrario, debiendo intervenir las autoridades.

Después que leí la transcripción que yo había hecho de aquel documento histórico<sup>1</sup>, también me di cuenta que hace casi veinticinco años desde allí mismo, de Luisiana, salió a la luz *The Hurricane and its Impact*, publicado por Simpson y Riehl, una obra de casi cuatrocientas páginas a la que todos los estudiosos de la materia deben acudir. Azarosa coincidencia del escenario muy lejos de la imaginación de sus autores.

**Los ciclones tropicales en la actualidad pueden ser observados  
y seguidos con antelación a su arribo durante varios días,  
dando la posibilidad de atenuar su impacto  
y minimizar las consecuencias, y con cada ocurrencia sobreviene  
la tan antigua batalla del hombre ante la naturaleza,  
una batalla ante la que siempre habrá que acudir  
con la estrategia más adecuada.**

Un desastre se conceptúa como un evento o una serie de ellos que paralizan el funcionamiento normal de una comunidad o varias de ellas, provocando daños a las personas, el medio ambiente construido o el natural a un grado tal que excede la capacidad de los afectados para enfrentarlo sin apoyo desde el exterior. El riesgo es la probabilidad de que ocurra ese desastre con un determinado impacto y cuando se observan las trayectorias que han seguido los huracanes en esta parte del mundo, aun en la corta historia de la Meteorología, nos quedamos atónitos ante la computadora que va trazando rápidamente una línea tras otra y nos impide en muchos casos distinguir los trazos de los mapas que quedan por debajo. Un factor fundamental que contribuye a desencadenar un desastre es la vulnerabilidad del lugar donde ocurre. Los desastres no serían desastres si las personas o bienes no estuvieran expuestos a sus diferentes impactos, y de causas humanas también se nutre la vulnerabilidad. Para quienes gusten de las comparaciones, *Katrine* es hoy algo así como la versión norteña del *Mitch* aun cuando los escenarios sean o nos resulten tan diferentes.

Lo más probable es que aquellos lejanos sucesos de Nueva Orleáns fueron la continuidad de un fuerte huracán citado por la historiografía, que entre los días dieciocho y veinte azotó la isla de Jamaica y buena parte del territorio cubano, pero eso sólo se ha podido inferir con posterioridad a los hechos; a diferencia de los terremotos, los ciclones tropicales en la actualidad pueden ser observados y seguidos con antelación a su arribo durante varios días, dando la posibilidad de atenuar su impacto y minimizar las consecuencias, y con cada ocurrencia sobreviene la tan antigua batalla del hombre ante la naturaleza, una batalla ante la que siempre habrá que acudir con la estrategia más adecuada. La presciencia no es don de los hombres, peor aun si hay una distancia de más de dos siglos en el tiempo, pero entonces como hoy el tributo

a *Hades* fue ofrenda de los más pobres, sacrificio anónimo para las siempre inexactas estadísticas de las desgracias.

Pensar en Nueva Orleáns solía asociarse para la mayoría con imágenes del *Vieux Carré*, el *Mardi Gras*, un festival de jazz, una extraordinaria colección histórica o quizás el río Mississippi o el lago Pontchartrain, otros tal vez la asociaban con un gran puerto, pero a partir de ahora estarán omnipresentes las imágenes de cadáveres flotando en las calles, rostros desesperados o de desesperanza desde un tejado, o la conmoción de un stadium dantesco y una triste sensación de desamparo al compás de un desgarrador *blues*.

La ciudad fundada por Jean Baptiste le Moyne (1718), la que recibiera su nombre en honor a Felipe II, duque de Orleáns y proclamada capital de la colonia francesa en 1722, tuvo su agosto de desolación en su sesenta y dos cumpleaños. Es la misma ciudad que en 1984 acogió la exposición universal y hoy en otro agosto se rebela como capital de orfandades. El SOS de desesperación del Alcalde Ray Nagin por sus congéneres se confundió con los ecos de aquella lejana imploración de Pedro Piernas por ayuda, ambas pedidas a sus jefes de gobierno y ambos muy distantes de aquel lugar y ocupados en sus guerras de turno.

En 1846, San Cristóbal de La Habana fue azotada por la tormenta de San Francisco de Borja, acaso la más terrible con que haya sido castigada y en una de las páginas de las *Memorias de la Sociedad Económica de La Habana* de aquel año puede leerse: “*Ojalá que pasen los siglos sin que tengamos que borrajear otro cuadro semejante y sea para nuestros nietos uno de aquellos acontecimientos que se hacen increíbles al registrar el gran libro de la historia, sólo porque no se han repetido después*”. Permítaseme apropiarme de esas mismas palabras y dedicarlas de todo corazón al pueblo norteamericano. Ω

**NOTA**

<sup>1</sup>. Archivo Nacional de la República de Cuba. Gobierno General. 26368/510.